

TURNO NOCHE

SAUCERFUL

- Te quiero mucho – susurró Susana

- Yo también mi amor – contestó Víctor, a la vez que le esbozaba una dulce sonrisa a su novia.

- Supongo que ya es hora de despedirnos, ¿no? – preguntó Susana, suplicándole con la mirada que no se vaya.

- Me temo que sí Susy. Tengo que hacer el relevo en el puerto a las dos de la mañana y no voy a poder dormir mucho tiempo – le respondió Víctor, y haciendo un gesto de complicidad agregó: – Además, últimamente pasamos bastante tiempo juntos y no podemos dormir mucho ¿o no Susy? –

Susana se sonrió y se le ruborizaron las mejillas: - Bueno, sí, creo que tenés razón... sólo que me gustaría pasar las veinticuatro horas del día con vos –

- Ya lo sé Susy, y creo que de a poco vamos a ir teniendo más tiempo. No hace más de seis meses que estoy en el pueblo, hace apenas dos meses que estamos saliendo, y creo que vamos bastante bien. Una vez que pueda pasar del turno noche al turno normal en el puerto y termine con algunas mejoras en la casa, vamos a tratar de pasar más tiempo juntos y quien sabe... hasta podemos ir a vivir juntos – le dijo Víctor a Susana, mientras iba endulzando la voz para convencerla.

Susana lo miró a los ojos y le respondió: - Sí, ya sé... sólo que me gustaría que te quedés a dormir conmigo esta noche. Mi casita no es gran cosa pero nos alcanza para los dos. Me da pena que te vayas a esa casa media en ruinas que... -

- Que está media en ruinas pero que está cerca de mi trabajo y sobre un terreno donde se pueden edificar tres o cuatro casas más – respondió Víctor, con el tono de voz un poco más duro – Susy, esto ya lo hemos hablado. Es la casa de mi tío Manuel, me la dejó en herencia y está un poco venida a menos, es cierto. Pero con los arreglos que le estoy haciendo va a quedar una linda casa, y en caso de que alguna vez quiera... - corrigió – queramos mudarnos, voy a poder sacar un buen dinero por ese terreno – tragó saliva y continuo – Susy, yo quiero hablar contigo sobre la casa, sobre el trabajo, y sobre lo de vivir juntos, sólo dame un poco más de tiempo. Espera que me pasen al turno normal y que podamos compartir horarios más adecuados -

Una ráfaga de viento frío les provocó escalofríos a ambos y les hizo recordar que estaban en la calle, que era invierno, y de que el sol estaba en el horizonte, listo para dejar paso a la noche.

- Susy, todo a su tiempo, ya vamos a encontrar el equilibrio ¿puede ser? – preguntó Víctor, mientras se ponía los guantes que llevaba en el bolsillo.

- Si mi amor. Tenés razón, es que a veces me apresuro mucho... soy un poco posesiva, ¿no? – le dijo Susana.

- No Susy, sos muy paciente – respondió Víctor y se quedó pensando un instante. Luego agregó: - Si llego a liberarme el sábado o domingo, te invito a una cena romántica en mi casa, y si no, te invito la semana siguiente ¿te parece? –

Con el brazo derecho acercó a Susana hacia él y le dio un beso en la boca antes de que ella pudiese objetar la invitación a cenar.

- Mañana nos vemos amor. Que descanses bien y no salgas de adentro de la casa, que se está poniendo cada vez más frío – le dijo Víctor

Susana iba a abrir la boca para contraofertarle una cena romántica en la casa de ella, pero reprimió esas palabras en la punta de la lengua. Al fin y al cabo, una o dos veces a la semana ella iba buscarlo a él a su casa (*“la casona”* como prefería llamarla ella) y se quedaban cenando y haciendo otras cosas hasta tarde. Es más, una vez se había quedado a dormir en *la casona*, cuando una fuerte tormenta los sorprendió allí. No era que la casa estuviese tan arruinada ni que no tuviese el encanto que tienen las cosas antiguas, pero las veces que ella estaba allí sentía una leve incomodidad que era irracional, sin motivos, que provenía de las capas más profundas de su mente.

- Que descanses mi amor, y que te vaya bien en el trabajo esta noche. Te espero mañana por la tarde – dijo Susana con un poco de resignación y le sonrió con amor.

- Gracias Susy, que pases una buena noche – respondió Víctor y le hizo un ademán de lanzarle besos – ¡Hasta mañana! –

- Hasta mañana – dijo Susana y se metió dentro de la casa.

Víctor se dio media vuelta y encaminó hacia la avenida que se dirigía a la costa. Al llegar a la avenida, dobló a la derecha y caminó con paso rápido en dirección a la costa. La temperatura descendía rápidamente, y el viento estaba soplando un poco

más fuerte, lo cual garantizaba una noche helada, una situación ideal para estar dentro de casa, y no para estar cubriendo el turno nocturno del puerto. La avenida era el único lugar donde se veía movimiento de gente a esa hora, aunque no tardarían en meterse todos dentro de sus casas, a disfrutar de la cena y a prepararse para el día siguiente. Tres calles antes de llegar a la costa, Víctor cruzó la avenida y se desvió por una calle que atravesaba perpendicularmente la avenida. En la esquina casi se choca con un hombre de barriga prominente que salía de una farmacia. Se quedaron mirando y se empezaron a reír al unísono. Era Pablo Gómez, el electricista que trabajaba en el puerto y que a veces compartía el mismo turno con Víctor.

- Pablo, Pablo, a ver si nos fijamos por donde caminamos... algún día vas a pisar a alguien – dijo Víctor mientras le daba la mano a Pablo.

Pablo se rió y le contestó: - Teniendo en cuenta de que sos bastante nuevo en el pueblo, creo que deberías prestar más atención a como se comporta la gente de aquí. Si te fijas bien, nadie mira si viene alguien por delante, nos entendemos a los golpes – y volvió a reír.

- Si, si, ya lo había notado... ¿todo bien Pablo? – preguntó Víctor

- Todo bien Víctor ¿y vos? ¿Hoy estás de turno nuevamente? – preguntó Pablo

- Así es Pablo, estoy de turno, y así va a ser durante los próximos dos o tres meses – respondió Víctor

Pablo hizo una mueca de extrañeza y dijo: - Podrías pedir que te hagan rotar con el turno de día, así no... -

- Prefiero que sea así – interrumpió Víctor – por lo menos durante estos meses, me rinde más en lo económico, y estoy metido en varios gastos, con la casa, y además estamos esbozando algunos planes con Susy -

- Pues bien entonces – respondió Pablo mientras miraba algo atrás de Víctor – Ahí está mi mujer esperándome, me tengo que ir Víctor –

Víctor se dio vuelta y levantó la mano, saludando a la mujer de Pablo, que estaba parada al lado del auto y cargada con bolsas del mercado. Luego le dio la mano a Pablo y lo saludó hasta la próxima vez. Víctor retomó la calle por donde se estaba dirigiendo y siguió caminando, con un andar un poco más relajado. Hace menos de seis meses que Víctor había llegado a trabajar a este tranquilo pueblo costero, y sólo se trataba con su novia (que había conocido en el único bar decente que tenía el pueblo, los otros eran para los pescadores y trabajadores del puerto) y con algunos compañeros de trabajo. El puerto era pequeño y el movimiento era mayormente de algunos barcos pesqueros y eventualmente algún barco de carga. Poca gente trabajaba en el turno de noche, y la que lo hacía se pasaba la noche durmiendo en algún banco o sobre algún tablero, o se dedicaban a leer o jugar solitarios con las cartas. Había muy poco para hacer de noche en el puerto, pero por motivos de seguridad y de normativa, era necesario tener una dotación mínima de personal que cubriese los puntos claves de operación.

Cuando Víctor llegó a su casa, los últimos rayos de sol se apagaban en la meseta, en el oeste, mientras que una oscuridad ominosa que venía del lado del mar cubría casi todo el paisaje a la vista. Las luminarias de la calle no eran ni muchas ni

muy potentes, por lo que la esquina donde estaba la casa de Víctor se hallaba bastante oscura. El terreno donde se alzaba la casa de Víctor estaba aparentemente mal nivelado, de manera que la casa quedaba bastante por encima del nivel de la vereda, y se llegaba a la puerta principal por medio de un sendero escalonado que iba desde el desvencijado portón de hierro de la entrada hasta la robusta puerta de madera de la casa. La casa tenía un cierto aire a las casas encantadas de las viejas películas de terror, pero no provocaba una sensación de rechazo. Las paredes de material, descascaradas y descoloradas, el techo a dos aguas de chapa oxidada, las ventanas de madera, altas y angostas, le daban un aire fantasmal. Pero la reforma en el extremo de la casa que daba al mar (un enorme ventanal de marco de aluminio con un vidrio espejado, de esos que no dejan ver de afuera para dentro), la antena de televisión satelital y el césped recién plantado hacían más amigable a la casa. La casa tenía poco más de setenta años, y databa de la época en que el puerto se limitaba a un desvencijado muelle de hierro y madera. En esa época se había decretado una zona franca que permitió que se produzca un incipiente desarrollo en el pueblo. En aquellos años entraban mercaderías provenientes de todos los rincones del planeta, que luego iban a parar a las grandes ciudades. Esa zona franca duró unos cinco años y luego se eliminó, debido a los numerosos excesos y la corrupción asociada a la importación de bienes sin fiscalizar. El tío Manuel había sido uno de los máximos responsables de la zona franca y también se había visto vuelto en escándalos con ciertas importaciones no declaradas. Una vez levantada la zona franca, el pueblo siguió desarrollándose gracias a la pesca, pero el tío Manuel no participó más de las actividades portuarias. Puso un almacén en el centro del pueblo y se dedicó a vivir de eso. Él era soltero y no se le habían conocido más que ocasionales acompañantes. Nunca había tenido mucho trato con la gente del pueblo, por lo que a pesar de haber vivido casi cincuenta años allí, podía decirse que no tenía ningún amigo, o por lo

menos, ninguno que sea conocido en el pueblo. No existían historias misteriosas sobre la casa o el tío Manuel, aunque los más viejos del pueblo recordaban en sus charlas de café que Don Manuel solía recibir visitas de afuera del pueblo, que llegaban en grupos de tres o cuatro autos por la tarde y se marchaban antes del amanecer del día siguiente. Don Giacomo, dueño del bar de la plaza y principal impulsor de chismes en el pueblo, solía asegurar que la gente que visitaba a Don Manuel era de condición social elevada, por la vestimenta y los autos (“*siempre eran autos fabricados el mismo año*”), aunque no sabía de donde venían ni a que se dedicaban.

Víctor recorrió el sendero, llegó a la puerta y la abrió con una de esas llaves largas de hierro. Entró en la casa, cerró la puerta con llave y luego cerró y trabó todas las ventanas. Con la casa en total oscuridad, se fue a la habitación de huéspedes, la cual estaba en desuso y sólo tenía un viejo armario, una silla y un baúl de madera grande. Abrió el armario y sacó de adentro un candelabro con tres velas y una caja de fósforos. Encendió las tres velas, depositó el candelabro sobre el baúl y luego se desvistió completamente, dejando a la vista una serie de pequeños tatuajes desperdigados a lo largo de su cuerpo (“*son un poco góticos*”, había dicho Susana hace unos días). Un escalofrío le recorrió la espalda debido a que la casa no tenía buena calefacción y la habitación de huéspedes estaba cerrada todo el tiempo. Agarró el candelabro y luego empujó el baúl a un lado. El baúl se movió fácilmente, ya que estaba vacío y dejó al descubierto una trampilla en el suelo de madera. Levantó la trampilla y la débil luz de las velas le permitió adivinar unos escalones. Un olor a moho y quien sabe que otras cosas inundó la habitación, pero Víctor no se inmutó. Bajó lentamente los escalones de madera y descendió hasta el sótano. El piso era de piedra y se sentía helado al tacto del pie desnudo. La oscuridad era casi absoluta, apenas rasgada por la luz de las velas.

Víctor dobló a la izquierda, dio cuatro pasos y se detuvo, mirando fijamente una de las esquinas del lúgubre sótano. En las tinieblas se alcanzaba a distinguir una masa viscosa y repugnante, que producía un ruido como de un gorgoteo, con dos puntos brillantes que parecían ser un par de fríos ojos.

- Nngha'ley Yogh-Zig'ela mngodh'tuun – susurró Víctor, y la cosa que estaba en la esquina vibró y emitió un sonido escalofriante.

- Pronto tendremos la hembra humana para nosotros – dijo Víctor sonriendo, mientras soplaba las velas y todo quedaba sumido en una oscuridad impenetrable.

FIN

(por SAUCERFUL)